

## IX

### Terror en la ciudad

En los pasados meses, los presos de la Inquisición se habían multiplicado. Los pocos mercaderes del Call vivían en continua zozobra sin saber si serían culpados de algún crimen. El mayor problema que se les presentaba era que no se explicaban lo que debían hacer para que no los llevaran presos, pues ellos, decían a cuantos caminaban cerca de sus negocios que no practicaban nada. Estaban cansados de escuchar amenazas. "Nosotros no somos nada," era una voz que resonaba al unísono.

Las persecuciones a los conversos habían llegado a límites que nadie se los esperaba. En algunas ciudades más de cien personas eran quemadas, especialmente en el área de Sevilla. En los sermones los religiosos decían que los judíos eran ladrones, que practicaban ceremonias espiritistas y que eran seres humanos corrompidos y, añadido a esto, que habían crucificado a Cristo. Esto último enfurecía al populacho. Se explicaba que los judíos no hacían honor a España. El Arzobispo de Burgos los llamó infames y pidió que nadie los recibiera en sus hogares.

Entonces las autoridades comenzaron a averiguar en forma secreta si quiénes eran realmente los que se habían convertido. Algunos pensaban que todos. Otros, especialmente los clérigos y el Rey decían que ninguno, que todos eran judíos. Mosé Shlomó, trató de convencer a los reyes que los que se habían convertido eran cristianos. Pero esta explicación no convencía ni al pueblo ni a los reyes.

Los otros países pedían clemencia, pero Isabel y Fernando insistían que los falsos conversos debían morir en la hoguera.

Los Reyes Católicos hacían recordar a los gobiernos que ellos también habían tomado medidas en contra los judíos. Casi con orgullo declaraban que los franceses les habían quitado los bienes en 1306, que los alemanes los habían culpado de envenenar las aguas potables, y que los ingleses los habían expulsado del reino.

En Barcelona los pocos adinerados médicos y comerciantes judíos presionaron a Las Cortes que al principio se opusieron a toda legislación denigrante. Los catalanes no querían que la Inquisición se estableciera en su tierra, pero, al final, cedieron ante el poder real.

En los primeros meses de 1492 comenzó un verdadero terror en la ciudad. Este todavía no había atravesado los muros del palacio de la familia Altbruc Bidaura Ramaya, pero lo haría prontamente.

Hacía muchos años que no se había celebrado un Auto de Fe en Barcelona. Los rumores de otros en diferentes regiones, mantenían fresca la memoria del pueblo.

Esta era la situación cuando sucedió el Auto de Fe que dejó una indeleble marca en Beatriz.

Sarah se reunía con Fabia, a quien se culpaba de brujería, en el mercado y allí discutían los sucesos de la ciudad. Fabia le repetía "Usted sabe, ya ni las oraciones rezo y ¿ni qué hablar de prender las velas!"

Fabia tejía mantos y acolchados y sospechaba que la llevarían presa. Hacía varios años que un fraile y un grupo de hombres habían entrado en su modesto hogar para investigar "ciertos rumores" de nigromancia. El fraile buscó debajo de las camas por amuletos. Fabia había insistido que ella no guardaba ninguno, pero el fraile quería asegurarse, pues le habían dicho que una mujer adivina atraía demonios a la ciudad.

Sarah le explicaba que no atacaban a los judíos, sino a los que se habían convertido y que seguían practicando la religión de Moisés. A esto Fabia no lo entendía. Para ella los judíos seguían siendo judíos practicaran o no.

El lunes del Auto de Fe, Fabia se había cubierto con una capa de color marrón oscuro para salir de su casa. Un velo negro, a la manera árabe, le cubría la mitad del rostro.

Cuando se encontró con Sarah, balbuceaba palabras incoherentes. Le temblaban los labios, como quien tiene mucho frío o mucho miedo.

"Todo parece conducir a la cárcel," dijo Fabia presionando el brazo de Sarah. "Es mejor no hablar con nadie de nada. Hacer las compras y volver rápido a la casita. Anoche puse tranca en el portón, por las dudas."

Sarah se limpió las lágrimas con la manga de la saya de lana.

Fabia acercó la mejilla al oído de Sarah, "Ya lo sé, amiga. Mucho sufrir. Cualquier palabrita es suficiente para que se la lleven a uno."

"Quitan todo, usted sabe, doña."

"Ya ¿Sabe lo del Auto?"

"¿Qué Auto?"

"Cerca de su palacio. En la parte de atrás de la Plaza del Rey. Como quemaron a aquellos... hace muchos años ¿recuerda?"

La memoria del año 1487, estaba todavía viva en Fabia. Ese año habían quemado a doce personas. La Plaza del Rey estaba rodeada por una muralla y fue por años un corral en donde se vendía forraje, paja y se intercambiaba mercancía.

"**¿Cómo ho sabeu?**" Dijo Sarah aterrorizada.

"Cerca de su casa."

"¿Quién se lo dijo?" "**Llengua d'oc.**"

"Los queman afuera de los muros."

"No Sarah. Esta vez es en la plaza, después de los sermones."

"No puede ser," Sarah cubrióse los labios con la palma de la mano.

"Así lo han explicado. Será en la plaza, para que todos lo veamos," dijo Fabia tirando la capa sobre su rostro y sin decir más, volvió las espaldas y se alejó.

Sarah la miró por un largo rato y luego caminó lentamente hacia el palacio. Era la primera vez que el temor le hacía

temblar las macizas piernas. Tenía miedo. No sabía si contarle a sus amos lo del Auto de Fe. ¿Diría la verdad Fabia? Estaba segura de que no sería en la plaza. Recordó a Dulcia y a Beatriz y sintió una presión en la garganta. Era como si se ahogara. Se detuvo. ¿Qué pasará con sus amos? ¿Se convertirán? Los quería. Había visto nacer a Astruga, pero si algo sucedía, ella no quería estar envuelta en líos.

Mientras esto ocurría en la calle los rumores corrían por todos lados, Don Ysaac dudaba si debía comunicarles lo del Auto a sus hijas. Decidió reunir las en la biblioteca. Le pidió a Astruga que lo acompañara.

"Las cosas están difíciles," comenzó. "La sociedad ha cambiado. Desde el casamiento del Rey Fernando con la Reina. Todos tiemblan a la mención de la reina."

"¿Cómo es la Reina?" preguntó Astruga.

"El rabino cree que ella es la que dirige el ataque en contra los conversos."

"Papá," dijo Dulcia, "Nosotros no practicamos nada desde hace años ¿por qué nos odian?"

"Lo que pasa," dijo Don Ysaac poniéndose de pie, "es que la Reina no quiere iguales."

"Nadie es igual a los reyes," dijo Beatriz con suave voz como meditando cada palabra que pronunciaba.

"No es así," dijo Don Ysaac. "El rey Fernando al subir al trono tuvo que jurar que mantendría los fueros o las leyes de los catalanes. **La Generalitat** trata de contener el poder real... Pero la reina más que el rey es la que insiste en que el poder de ellos es absoluto."

Mientras pronunciaba estas palabras, Don Ysaac caminaba de pared a pared con los brazos cruzados en la espalda.

"Parece que la Reina dijo: "Aragón no nos pertenece todavía. Lo conquistaremos."

"¿Qué significa esto, papá?" preguntó Beatriz.

Don Ysaac titubeó un momento, "Quieren aumentar el poder personal sobre esta tierra. Desgraciadamente, no se sabe

lo que pasará. Lo del Auto que tienen planeado lo conversaremos mañana."

Don Ysaac se dirigió hacia la puerta. "Esto es todo lo que tengo que decirles por ahora."

"No papá," exclamó Dulcia, "Queremos saber más." ¿Qué es esto del Auto?"

"Hija, yo tampoco sé más."

Astruga intervino, "Es mejor así."

Don Ysaac dejó la habitación.

Beatriz le pidió a Dulcia que caminara con ella hasta la sala al lado de su alcoba. Cuando entraron, Beatriz se sentó en uno de los almohadones y cruzando los brazos, dijo "Le escribí a Arnau y le pedí que viniera a verme, así seguimos discutiendo lo que me propuso. No puedo seguir con esta angustia. Ya ves lo que pasa."

"Ya lo sé Beatriz, pero no hay nada que podamos hacer por ahora. Nos tenemos que calmar. Papá nos cuida y él nos protegerá. Él decidirá si tenemos que irnos a Venecia."

"Arnau quería que me vaya con él a Francia ya lo sabes." Miró a Dulcia como buscando una respuesta. Cuando Dulcia no contestó, continuó, "Se puede decir que estamos comprometidos entre nosotros desde hace muchos años."

"Seguramente mamá querrá hablar con Arnau. A las cosas hay que hacerlas bien. Ya te lo repetí"

"No las estoy haciendo de otra forma."

"Prométeme que no te apresurarás," dijo Dulcia y dejó la habitación.

Beatriz se sintió mejor lo que había hablado con Dulcia. Se alegró de que esta vez Dulcia no pensara que era una locura, pero de pronto, tuvo miedo. ¿Sería cierto lo que pasaba? ¿Tendría que apresurarse y decidirse? Esa noche le costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente Don Shlomó visitó a Don Ysaac y le mostró la Relación del Auto, un programa que tenía grabado un crucifijo y un sombrero episcopal. El Auto se celebraría el sábado siguiente. La Relación traía los nombres de los que

serían ajusticiados. Indicaba que habían torturado a una joven, Ana Cazallas, que era la cocinera de la familia Gispert de Guimerà. La joven, que sólo tenía veinte años, había confesado ser judía practicante, pero aparentemente se había convertido al cristianismo. Había implicado a diez personas. Dos de las cuales, después de las torturas, habían confesado y serían perdonadas. Uno de los presos había muerto en la cárcel y los restantes formarían parte del Auto.

Entre los culpados, una joven judía sería quemada, una mujer de setenta años, a la que la Relación titulaba "hechicera sin nombre," y un joven negro que se lo nombraba como "negro disipador de imágenes."

Dos hombres que pasaban por la ciudad, habían sido prendidos. Confesaron que eran judíos. Serían reconciliados, Josep y Bernat, sin apellidos.

Treinta familiares formarían parte de la procesión. El obispo marcharía a la cabeza y el Rey y la Reina presenciarían el espectáculo. Un fraile de la Orden de la Merced dispensaría la homilía.

Don Shlomó le explicó a Don Ysaac que se había entrevistado con uno de los frailes dominicos, Sylveiro de la Santa Cruz, en el Convento de Santo Domingo, pero que todo había sido un fracaso.

El fraile lo recibió atentamente. Lo hizo sentar en uno de los salones conventuales y lo escuchó con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Don Shlomó explicó que él mismo se había arrodillado y le había pedido al fraile que no condenaran a la joven muchacha. Estaba seguro de que la joven se había convertido verdaderamente al cristianismo. Pero el fraile nunca le respondió y continuó con los ojos cerrados durante la entrevista.

Don Shlomó le había preguntado por los apellidos de los comerciantes judíos. El fraile explicó que el proceso estaba fuera de sus manos.

Después de la entrevista con el rabino, Don Ysaac volvió a reunirse con su familia en el salón del cumplimiento. Debía

explicarle a Astruga y a sus hijas los detalles del Auto, ya que sería inevitable ocultarles lo que pasaría. La gente del pueblo caminaría por las calles cercanas al palacio. Tal vez algunos golpearían los portones o arremeterían en contra los muros. Probablemente se escucharía la música de la liturgia y el alboroto. Además estaba seguro de que el olor de los cuerpos quemados impregnaría la atmósfera.

Con voz solemne y entrecortada, Don Ysaac comenzó, "Don Shlomó me ha visitado. El Auto tendrá lugar el próximo sábado."

"¿Matarán a alguien?" preguntó Beatriz.

"No estamos seguros," dijo Astruga rápidamente para apartar el temor de sus hijas.

Don Ysaac, con el tic nervioso que lo caracterizaba, pasó repetidas veces la mano sobre su negra cabellera y arregló el aterciopelado cuello de la saya frisada. Era como si buscara protección.

"¿Conocemos a alguien que condenarán?" preguntó Dulcia.

"No hija," dijo Astruga mirando a Don Ysaac con temor.

"¿Quemarán a alguien?" Beatriz insistió.

Don Ysaac no contestó. "Creemos que a una persona; es cristiana," dijo Astruga tratando de suavizar el momento.

Dulcia se paró, "Cristiana, cristiana," gritó Dulcia. "¿Por qué la quemarán entonces? Estoy harta de todo. Uno de estos días nos matarán. Nos quemarán a nosotros."

Don Ysaac, como si midiera las palabras, abrochando y desabrochando los argollones de brocado que le rodeaban el cuello, explicó "Me parecería conveniente que comencemos a planear lo que vamos a hacer en el futuro."

Dulcia golpeó la mesa con la mano, "Nos debemos ir de este lugar en donde todos hablan de nosotros como si fuéramos criminales y todo porque somos judíos. Eso es."

Volviéndose hacia Beatriz, Dulcia dijo, "Nos matarán. Ya me escuchaste. Nos odian."

Don Ysaac se dio cuenta de que sus hijas estaban afectadas más de lo que había pensado.

"Hijas mías," dijo Astruga, "Tu padre visita al Rey. No creo que sea para tanto. No nos pasará nada."

"¿No?" dijo Dulcia como desafiando las palabras de su madre. Era la primera vez que se expresaba en esa forma. "Perdón, mamá, pero hay tanto sufrimiento.... con la muerte de..."

Don Ysaac se paró e interrumpió a Dulcia, "Esto es todo. Les pido que se calmen y que nadie deje el palacio. Estaré en contacto con la corte y veré lo que debemos hacer."

La semana del Auto pasó lentamente. Beatriz esperaba ansiosamente noticias de Arnau. Dulcia tejía todo el día y se había negado a comer. De vez en cuando bajaba a la cocina y buscaba mendrugos de pan. Astruga pasaba los días entre el cuarto de costura y el jardín, en donde se entretenía jugando con Ezequiel. Don Ysaac se encerraba en la biblioteca y trabajaba sin descanso. Había explicado que debía escribir una serie de misivas.

El miércoles, Don Ysaac recibió a su banquero, Joaf Barón, que dejaba Barcelona al día siguiente. Don Ysaac consiguió enviar unos barrotes de oro a Ámsterdam. Unos comerciantes de Tunis le habían pagado después de una atención médica.

El jueves a la mañana los rumores comenzaron a correr entre los sirvientes. Cuando Astruga bajó a supervisar los bocadillos de arroz, los miró con curiosidad, pero no se animó preguntarles por qué hablaban en voz baja. Sarah se acercó a Astruga.

"Durará siete horas," dijo secándose las manos en el delantal.

"¿Cómo?" preguntó Astruga. "Hable un poco más fuerte Sarah. Explíqueme cómo preparó esta cacerola." Astruga trató de disipar las palabras de Sarah.

"Parece que los quemarán vivos," continuó Sarah.

"Sarah, no quiero escuchar los cuentos del mercado."

Sarah insistió, "No son cuentos. Es verdad. A la joven de seguro que la quemarán viva, sin matarla. Hay uno que murió en la cárcel porque lo estiraron con las poleas." Con ambas



manos mostró como los colgaban del techo y luego agachándose dijo, "y se las ponen en los pies también."

"No vaya a contarle esas cosas horribles a Beatriz."

"Todos lo saben, **senyora**."

Dulcia entró en la cocina. "¿Sabe algo Sarah?"

"Sarah se preocupa mucho," dijo Astruga. "¿Qué pasa?"

Astruga se cubrió el cabello con una pequeño mantón que traía en la espalda. "Por favor diga lo que sabe, pero no aumente."

"Los nobles verán mejor que nadie. Tienen los mejores asientos." Se compuso la garganta y sacó un pañuelo del delantal. Se limpió la frente y dijo, "Dicen que algunos espectadores se desmayan cuando ven la tea encendida y las llamaradas."

"Basta Sarah," dijo Astruga, "Váyase. Ya hemos escuchado bastante."

"No se enoje conmigo. Todos estamos asustados. A los pobres y a los negros son los que quemar. A usted no le harán nada, ni a sus hijas tampoco."

"Vale," dijo Astruga, y con un gesto de la mano puso fin a la conversación y le pidió a Sarah que se retirara.

Dulcia abrazó a Astruga y las dos subieron caminando lentamente hasta el cuarto de costura.

Beatriz cosía. Dejó su costura y explicó que se recostaría. Pero en vez de caminar hacia su cuarto bajó las escaleras y se dirigió a la cocina. Allí encontró a tres de las sirvientas reunidas alrededor de Sarah. Hablaban en voz baja. Habían prendido el fogón y Agoi tenía la cabeza cubierta con una túnica. Eulalia se paró cuando la vio entrar.

"Quiero que me cuenten lo que pasa," dijo Beatriz.

"Su mamá no quiere señorita."

"¿De qué hablaban? Dulcia y mi mamá tenían los ojos rojos. Algo pasa."

En el mercado dicen cosas. **Se senten molts rumors.**"

"Sarah, diga lo que sabe."

"A la Agoi le explicaba que todo es secreto. Roban y roban."

"¿Cómo? ¿Roban?" dijo Beatriz sorprendida.

"Una vez que los culpan, toman todo. Si usted tiene un colchón se lo quitan." Sarah abrió los brazos como si quisiera abarcar todo lo que veía. "Si una cadenilla, también. Todo, todo. Las cosas van a parar en los arcones de los inquisidores o en los de los reyes."

Beatriz parecía no entender, "No puede ser."

"Así es," Sarah respiró profundamente reafirmando la realidad de lo que contaba.

"Pero si no se sabe nada ¿cómo puede ser?"

"Mi querida niña, sí se sabe. Es..." Sarah se detuvo. Iba a añadir que era porque eran judíos pero no se animó. "Qué sé yo por qué..."

"Ya lo sé. No quieren que seamos españoles," añadió Agoi.

"Somos españoles" Beatriz levantó la voz ¿Eso es todo lo que sabe?"

"Sé lo que se dice del Auto, pero es tan feo, que para qué contar más..."

Beatriz se detuvo en la puerta y miró hacia el jardín. Apoyó la cabeza en el marco. Sintió una fuerte punzada en la frente. Le pareció que se mareaba.

"Señorita Beatriz, siéntese usted," dijo Agoi.

Beatriz se sentó al lado de Sarah.

Sarah puso la mano en la rodilla de Beatriz como protegiéndola y añadió, "Los hijos y los parientes de los condenados quedan marcados por la Inquisición, y se les llama infames."

Beatriz recostó la cabeza en la falda de Sarah y preguntó, "¿Quién hace esto, la Iglesia o los Reyes?"

Sarah encogió los hombros, "Vaya uno a saberlo, señorita. Hacen tantas cosas mal. Queman libros, destruyen propiedades. Le miente a la gente que nosotros comemos niños y que pateamos a su Dios." Sarah tosió y dejó de hablar.

"Pero no es verdad," dijo Beatriz.

"Así es." dijo Agoi. "Cuentan cosas horribles. Doña Stella, ¿recuerda la mujer del sastre? Salió de la cárcel con todos los

dedos de la mano quebrados. La habían desnudado... y... pasó por algo que le llaman **el potro.**" Agoi se estremeció y se calló.

Por un largo rato, Beatriz continuó recostada en la falda de Sarah. Luego se paró, "Será mejor que vea a Dulcía."

Sarah añadió, "Ya verá usted el sábado, será un corso. Todos bailarán y comerán." Llorisqueaba mientras repetía **"Et delator, es et calumniator, et fraudator."** Se acercó al grifo, mojó el delantal y se lo pasó por el rostro.

"Sarah no lllore..."

"Tengo que llorar señorita. Ya no se puede vivir. A mi tía Tecla, la que vivía en Burgos, la que venía a visitarme, la mataron y nadie supo ni el por qué. Cuando fuimos a ver la casa, la habían incendiado."

"El Auto... ¿Será en la Catedral, no es así?"

"No. En la otra plazoleta, la del Rey. El Rey prenderá el fuego."

"¿El Rey? Todos hablan mal del Rey ¿Está segura Sarah?" Beatriz recordó al gatito que le había regalado Sarah y que murió cuando tenía seis meses. No lo pudo ver muerto... "¿Está segura que el Rey y la Reina mirarán quemar a una joven?" Todo parecía tan incomprensible que cada vez entendía menos lo que pasaba.

Agoi se acercó a Beatriz y le susurró al oído, "Sabe algo del... señor Arnau?"

Beatriz recordó que Arnau no le había contestado la nota. Él era lo único que le quedaba. Sin contestarle a Agoi, Beatriz se alejó de la cocina. Caminó entre las matas del jardín por un rato tratando de poner las emociones en orden. Subió los escalones lentamente y se dirigió al salón de música. Se sentó en uno de los almohadones al lado de la estufa de porcelana. Tocó la loza y la inspeccionó detenidamente. Había sido decorada con diseños de flores silvestres. ¿Qué pasará con ellos? se preguntó. Recordó a Yuçef.

Buscó pluma y papel y escribió otra nota a Arnau. Le explicaba que debía verlo, que sus padres estaban muy preocupados y que habían pasados cosas horribles. Beatriz vio a Agoi entrar en la habitación

"Doña Astruga la anda buscando. Quiere verla." Beatriz escondió la nota en los pliegues de su pollera.

El viernes Don Ysaac quiso que prendieran las velas. Astruga no quiso. "Los sirvientes nos pueden ver." Don Ysaac insistió. "Lo haremos con la puerta cerrada. Nuestros hijos necesitan esto."

Se reunieron en la biblioteca. Era la primera vez en la semana que Dulcía comió con la familia. Astruga le pidió a Elisenda que dejara a Ezequiel con ella esa tarde.

Beatriz encendió las velas. Unieron las manos y recitaron la **Xemà**. Recitaron **"Veritat i ferma."** La profunda y calmada voz de Don Ysaac guiaba la oración: **"Veritat és el D. de 'l'univers, Rei nostre roca de Jacob, escut the la nostra slavació..."** Don Ysaac puso las manos sobre la cabeza de sus hijos y los bendijo. Acarició las largas trenzas de Beatriz.

Después de la breve ceremonia, Dulcía ocultó las velas detrás de los libros y bajaron al salón del cumplimiento.

Permanecieron en silencio. Beatriz se acercó al harpa que Don Ysaac le había comprado en París y comenzó a tocar una lenta melodía. Esto entretuvo a la familia.

Ezequiel parloteaba mientras jugaba con un caballito de madera.

Astruga les pidió a sus hijas que estarían juntas todo el día. "Me deben prometer que bajaremos al cuarto de costura. Allí estaremos reunidas." "¡No somos niñas! mamá."

Astruga no había anticipado el efecto que el Auto tendría en sus hijas.

## X

### El Auto de Fe

El sábado por la mañana, Astruga subió a la biblioteca de Don Isaac y lo acompañó mientras éste trabajaba. Recostó a Ezequiel en un almohadón a su lado. Beatriz y Dulcia bajaron al cuarto de costura. Astruga sospechaba que los sirvientes subirían a la azotea o que tal vez descorrieran la cobertura de uno de los ventanales del sótano. Se daba cuenta de que estaba perdiendo autoridad y no se animó a preguntarles qué era lo que harían ese día.

Mientras tanto, Saltiel abrió uno de los pesados paneles de metal incrustados y labrados con flores que cubría un ventanal del sótano y desde allí Sarah, Agoi, y Eulalia observaban la estrecha callejuela. El resto de los sirvientes se mantuvieron en las habitaciones de servicio y los que eran contratado por día, dijeron que preferían no trabajar ese sábado.

Sarah se había envuelto la cabeza con un grueso manto morado. Solamente se le podían ver los ojos. Buscó un taburete de madera para poder ver mejor. Vio que un religioso con hábito blanco caminaba con una cruz levantada al aire. Lo seguía un grupo de unos cinco hombres. Unas mujeres rezaban el rosario detrás de los hombres. Unos jóvenes con las espaldas desnudas se golpeaban con cadenas.

Sarah exclamó aterrada, "Ese es el que va al mercado. Miren, miren."

Sintieron gritos a la distancia, pero no se podía distinguir nada, pues la gente amontonada gritaba y bailaba, como si fuera un día de fiesta.

"Subamos a la azotea," sugirió Saltiel.

"¿Qué dirá la señora?"

Sarah se limpió el rostro con el manto.

Un vendedor ambulante había instalado un kiosco al lado de la puerta principal del palacio y parecía vender zapatos de cuero. Unos estudiantes se pararon a conversar con el hombre.

Dos muchachuelos de unos quince años se acercaron y empujaron al vendedor. El kiosco y los zapatos se esparcieron por tierra. Los muchachuelos se agazaparon y después de prender varios pares, corrieron calle abajo. El hombre levantó la mano y gesticuló obscenamente. Uno de los muchachos tropezó y el vendedor pudo cogerlo. Le pegó una serie de cachetadas hasta que el muchacho consiguió escaparse.

"¿Qué estará pasando en la plaza?" preguntó Sarah.

Sintieron gritos nuevamente. Parecían ser los de una mujer. "Subamos," gritó Saltiel y saliendo de la habitación corrió por el jardín y su subió las escaleras. Agoi y Sarah dejaron a Eulalia al lado del ventanal y le pidieron que si veía a algún conocido, le preguntarán qué pasaba. Subieron con Saltiel.

Desde la azotea tampoco se veía la plaza, solamente algunas de las otras calles y la puerta del Call que lindaba con la carnicería. Unas mujeres llevaban canastos de fruta en la cabeza. Era una verdadera romería. Dos niñas, como de diez años cantaban mientras movían sus cuerpos al compás de lo que parecía una canción. A la distancia vieron una mujer desnuda subida sobre un potro. Dos hombres al lado la castigaban con las lanzas.

"Esa debe ser la joven," dijo Sarah.

Escucharon nuevos gritos. Parecían ser los de un niño.

Se sentía música litúrgica.

Sarah bajó apresuradamente al sótano y desde allí chistó a un chiquillo. Le pidió que le contara lo que había pasado.

"Le prendieron fuego en la barba a un viejo."

"¿Lo pensaban quemar?"

"Qué sé yo." El muchacho se alejó.

Sarah vio a Altadona, la que la despreciaba en el mercado y se hacía la "cristiana." Caminaba del brazo de un hombre.

"Aquí, aquí, Altadona. Soy Sarah. Venga, cuénteme lo que pasa."

Altadona se acercó a los barrotes, "Ah es usted," dijo. "¿No vendrá a la plaza? Han venido desde lejos para la celebración. Qué bien que hablaron los dominicos. Todo era amor a Dios. Pusieron a esa joven, que parecía loca en el quemadero."

"Y al negrito, ¿lo quemaron?"

Altadona encogió los hombros. "Le cortaron las manos. Era ladrón."

Sarah se cubrió el rostro. El olor que entraba por el ventanal era pútrido. Una niebla cubría la angosta callejuela y apenas se distinguía quienes pasaban al lado del palacio.

"¿Ese humo? ¿Es de la hoguera?" Preguntó Sarah titubeando.

"No se puede estar muy cerca por el olor, usted sabe... la carne hiede cuando la queman."

"¿La quemaron viva?" Sarah preguntó.

"Parece que sí. No quiso confesarse."

Sarah se estremeció y se alejó del ventanal.

Mientras tanto en el cuarto de costura, Beatriz lloraba y decía algo como que no podía ser, que parecía una pesadilla. Dulcia bordaba.

Beatriz se sentó en un cojín a los pies de su hermana. Tomó una hebra del costurero de Dulcia y la ató y desató en uno de sus dedos.

Cuando escucharon los gritos, se pusieron de pie. "Probablemente es la joven," dijo Dulcia. Beatriz escondió el rostro en un velillo que le caía desde la cabellera hasta la cintura.

Dulcia tomó la mano de Beatriz la apretó fuertemente. Beatriz se paró, "Esto es horrible."

"Dulcia, ¿sientes olor?"

Una miasma como de orina mezclada con comida vieja impregnó la habitación.

"Mejor subamos a tu alcoba y prendamos el incienso que traje papá."

Vamos a ver a mamá," dijo Beatriz.

"No. No la preocupemos."

Esa noche la familia se enteró de que entre los que habían quemado se encontraba Don Aymel Cavaller. Don Ysaac se sorprendió pues su nombre no estaba entre los condenados.

Astruga había bajado al jardín a ver si podían comer algo y se encontró con Saltiel en la cocina. "Le di una nota a Don Ysaac."

"¿Quién la trajo?"

"Me la entregó ese señor que visita a Don Ysaac, el rabino."

En ese momento Don Ysaac bajaba al jardín. Se acercó a Astruga. Le tomó el brazo y le mostró la nota.

Astruga se apoyó en el cuerpo de Don Ysaac y sin pronunciar palabra, cayó en la tierra.

Eulalia y Sarah, al ver a Astruga tirada, se acercaron gritando. Don Ysaac pidió que le trajeran paños de agua fría.

Beatriz y Dulcia que habían escuchado el griterío bajaron corriendo.

Ezequiel salió de su dormitorio y Elisenda corría por detrás. Beatriz quiso detenerlo, pero al ver a su madre acostada en el jardín caminó apresuradamente hacia ella.

Sarah había empapado un lienzo y se lo daba a Beatriz. "Mójele el cuello. Le hará bien."

Don Ysaac sostenía en sus brazos la cabeza de Astruga. Ésta abrió los ojos y le pidió silencio a Don Ysaac. Éste asintió con la cabeza.

Subieron a Astruga a la alcoba.

Beatriz se arrodilló al lado de su madre y le preguntó "¿Qué pasó, mamá?"

"Sarah cuide a la señora. Debo hablar con mis hijas."

Don Ysaac las llevó a su estudio.

Las jóvenes, tomadas de la mano, entraron a la habitación sin saber qué esperar. Miraron a su padre que les ofrecía asiento, pero las dos se mantuvieron tomadas de la mano y al lado de la puerta.



"Hijas," comenzó Don Ysaac, "uno de los que quemaron fue un amigo nuestro. Este señor que... No sé cómo explicarte esto Beatriz. Vino a tu fiesta. Te pretendía."

Don Ysaac miró a Beatriz como buscando ayuda. Sacó un pañuelo de la manga y se lo pasó por el rostro.

"¿Quién papá?"

"Don Aymel."

"¡Don Aymel! No puede ser!" gritó Beatriz. Se alejó de Dulcia y caminó lentamente hacia su padre. "¡Por el cielo, por el cielo! ¡No puede ser! Si era un hombre bueno. ¿Qué fue lo que hizo?"

Dulcia se cubrió el rostro con ambas manos. "Qué horror."

"Hijas les pido prudencia. No sé lo que pasaría. El hombre tenía algunos negocios que no eran claro."

"¿Lo mataron por eso?" preguntó Dulcia. "No estaba en la procesión."

"Seguramente lo llevarían antes," dijo parcamente Don Ysaac.

"Era judío, papá," dijo Beatriz. "Era judío por eso lo mataron."

"Bueno, hija. Ya. No creo," dijo Don Ysaac. "Don Aymel no era nada. Eso me lo dijo él a mí."

"¿Quién te lo contó papá?" preguntó Beatriz.

"Don Shlomó envió a uno de los mozos de cuadra con el mensaje."

Agoi entró, "La señora Astruga quiere hablar con sus hijas."

"Vamos a ver a tu madre," dijo Don Ysaac poniendo fin a la conversación.

Cuando llegaron al cuarto, Astruga se había cubierto el rostro con una toalla de lino. "Don Aymel..."

Beatriz se sentó al lado de su madre y le acarició la mano.

"Ya lo sé mamá. Nos lo dijo papá. El pobre hombre."

"Es una gran tragedia, hija mía. Le había dicho a tu padre que tu serías una esposa ideal."

"Algo me había dicho."

"Mejor será que nos recostemos todos ahora. Ha sido un día cruel, hijas."

Beatriz perdiendo la calma se tiró sobre el cuerpo de Astruga y gritó, "Tengo miedo mamá, tengo miedo. No me quiero acostar."

"Todos debemos descansar," explicó Don Ysaac.

"Dormiré en tu habitación," dijo Dulcia.

Beatriz salió de la alcoba. Agoi y Dulcia la siguieron. Caminaba en forma errante. La alcanzaron, como si no supiera a dónde ir. La llevaron al cuarto de costura.

Beatriz comenzó a tirarse de las trenzas.

Dulcia buscó a Don Ysaac mientras Agoi sostenía a Beatriz de la cintura. Cuando Don Ysaac y Dulcia entraron, Agoi mantenía a Beatriz en un almohadón. Beatriz forcejeaba para librarse de las manos de Agoi, que la mantenía cerca de su cuerpo.

Dulcia se acercó y ayudó a Agoi. Entre las dos abrazaron a Beatriz.

Don Ysaac temió por la salud mental de su hija. Pidió que la llevaran a la habitación de Astruga.

Después que la recostaron en unos almohadones al lado de Astruga, Agoi explicó, "Me quedaré aquí toda la noche."

Astruga dijo que las mujeres dormirían juntas y pidió que le trajeran a Ezequiel. Dormiría a su lado.

Don Ysaac se retiró a su estudio.

Sarah trajo varios cojines y los acomodó alrededor del cuarto. Con unas frazadas de lana cubrió a Beatriz.

Dulcia explicó que prefería quedarse sentada en una sillita de cuero. Ezequiel creía que era un juego y caminaba por el cuarto echándose sobre los almohadones.

Al día siguiente, Beatriz no quiso vestirse. "Estoy cansada. Me duele el cuerpo." Se negó a comer.

Pasó tres días en el cojín al lado de la cama de Astruga. Nadie le decía nada, pero no la dejaban sola. Agoi se turnaba con Dulcia y Eulalia para cuidarla.

Al cuarto día comenzó a mejorar y pidió bajar al jardín. Quería escribir en el libro de memorias.

Dos días después se despertó. "¿Dónde estamos? Dónde estamos?"

La Inquisición..." Se levantó apresuradamente y corrió hacia las escaleras. Agoi corrió detrás de ella y la alcanzó. La abrazó y le dijo, "Señorita Beatriz, señorita Beatriz ¿qué hace?"

Beatriz se detuvo. Parecía como si recién se despertara.

"¿Dónde estoy?"

"Vamos a su habitación. Estaba durmiendo en la de su mamá, pero es mejor que duerma en la suya. Se sentirá mejor."

Astruga y Don Ysaac habían salido a la galería.

Agoi subió con Beatriz.

Don Ysaac pensó que su hija había estado soñando.

Después que la recostaron, Astruga le explicó a Don Ysaac que tenía miedo que Beatriz se enferma gravemente. Todo parece afectarle.

"Todos estamos afectados."

"Ya lo sé" dijo parcamente. "Si seguimos aquí terminaremos enloquecidos. A veces tengo un fuerte dolor al costado y pienso que son los nervios."

Don Ysaac acarició el rostro de su esposa y esto le dio una cierta paz a Astruga.

Lo mejor es sacar a Beatriz de la ciudad por unos días," dijo Don Ysaac. "Una semana a la orilla del mar la mejorará completamente. Estoy segura de que Regina de Grassa, la viuda de mi hermano, estará encantada si la visita. Ella vive tan alejada de todo estos tumultos..."

Astruga asintió con la cabeza. "Pero cómo haremos para sacarla del palacio y que no le suceda nada."

"Si lo hacemos durante el día, no creo que haya problemas. Hablaré con los gendarmes. Les pediré un salvoconducto para salir de la ciudad. Varios escuderos la acompañarán."

Esto tranquilizó a Astruga.

Al día siguiente, Beatriz pareció mejorar. Bajó al jardín con Agoi y escribió en el libro de memorias, pero no quería hablar con nadie.

Dos días después, Astruga recibió una nota de Regina invitándola a Beatriz a pasar una semana en su huerta a las orillas del mar a unos tres kilómetros de Barcelona. Ella la cuidaría. Había preparado una fiesta poética de varios días y estaba segura de que el cambio de ambiente alegraría a Beatriz.

Beatriz no quiso ir. Dulcia tampoco. "No me muevo de aquí," dijo terminantemente. Don Ysaac y Astruga convencieron a Beatriz que gozaría de la vista al mar y que eso le devolvería la salud. Agoi la acompañaría.

Don Ysaac la acompañaría a caballo hasta el Portal Mayor. Desde allí una litera tirada por mulas la llevaría hasta lo de Regina.

Beatriz decidió ir a lo de Regina cuando ese mismo día recibió una nota de Arnau en donde le decía que Regina lo había invitado. Una nueva alegría la ilusionó.